

Capítulo 4: Los escarabajos

A plena luz del día los escarabajos parecían más alegres y paradójicamente, más oscuros. Su tez era más negra que la del mohadí de ciudad. Sus rasgos más duros y salvajes. Y a pesar de ello, sus sonrisas parecían más sinceras que las de la gente de Val'Monde, la capital. Era algo curioso, después de todo, eran la misma gente, ladrones y bandidos que habían sido desterrados o que simplemente habían decidido probar suerte en el mar de arena, pues allí no había guardias.

Tampoco parecía que el calor les afectara en absoluto, bromeaban entre ellos mientras los camellos avanzaban sin prisa excesiva. De vez en cuando, alguno se levantaba en su montura para rascarse las posaderas o para estirarse. No habían parado ni un segundo desde que salieron con las primeras luces.

– No parecéis ladrones –dijo uno de los escarabajos, el más alto y que ahora llevaba un turbante verde oscuro sobre la cabeza.

– Ni asesinos –añadió otro, de turbante morado.

Akun se dio cuenta de que era el centro de todas las miradas. Apenas le habían dirigido la palabra durante el viaje y le extrañó que por fin se dirigieran a él. Sintió que tenía que decir algo. Algo creíble.

– Usureros.

– ¿Cambiáis dinero por más dinero?

– Así es, Pierre. Noble oficio, ¿no crees? –se rio por lo bajo el tipo del turbante verde oscuro–. Y eso significa que no fue el rey quien los destinó al desierto, sino los sacerdotes –y escupió desde su camello–. No sé qué es peor.

– Voy a mear –informó el escarabajo que iba más adelantado y que menos había hablado. Se bajó de su camello de un ágil salto y se dirigió a las tres rocas que parecían surgir de la nada.

– ¿Sobre las rocas? –se sorprendió el tal Pierre, con el turbante morado.

– Sí. ¿Qué pasa? ¿Son tuyas?

– No, pero tuyas tampoco. Me parece algo... Irrespetuoso.

– ¿Irrespetuoso? –repitió el de la vejiga llena–. ¿Y cómo se trata respetuosamente a unas rocas?

– ¿A ti qué coño te pasa, Pierre? –espetó el más alto, turbante verde, que parecía ser el jefe de la pequeña expedición y parecía igual de hastiado que el meón–. ¿Los espíritus? ¿Es eso? ¿Otra vez con tus viejas supersticiones?

– No son supersticiones –se defendió–. Si los enfada, yo no quiero tener nada que ver con esto –y nada más decirlo dio unos toquecitos a su camello para que acelerara el ritmo.

El silencio volvió a apoderarse de la compañía. Akun oteaba atónito aquel horizonte naranja, con la esperanza de ver asomar algún trozo de lago, algún edificio de ciudad. Pero nada. Las dunas parecían moverse con ellos, pues todas le parecían iguales. Se preguntó cómo se orientarían ellos en esas arenas tan profundas.

Tardaron todo lo que tarda el sol en recorrer el cielo, pero por fin llegaron a un pequeño oasis, donde una charca daba de beber a camellos ensillados y en torno a la cual crecían varias palmeras. Había también cubículos de madera y tiendas hechas de palos y tela, pero lo que más le llamó la atención fueron las trampillas que había sobre la arena. No tardó mucho en descubrir lo que escondían.

– Nos han encerrado –comentó Boris.

– Ajá.

– ¿Creéis que van a matarnos, Alteza?

– ¿Y para qué se habrían molestado en traernos hasta aquí? Si quisieran matarnos, lo habrían hecho en las dunas –Akun suspiró–. Y deja de llamarme Alteza, no sería bueno que nos delataras. De saber quien soy, esta gente me torturaría hasta que no me quedara uña en dedo, diente en boca y carne en hueso.

– Entonces –tragó saliva–, ¿cómo os... cómo te llamo?

– Sand. Sand... Derose –se le ocurrió.

El lugar estaba totalmente a oscuras. El suelo era de arenisca pero las paredes estaban reforzadas con tablas. Se oían las voces de los hombres que charlaban en el campamento, sobre sus cabezas. La mazmorra era tan baja que ninguno de los dos podía caminar por ella sin golpearse la mollera contra las vigas del techo.

Pasaron en las que reinó el silencio entre ambos. Akun tenía mucho en que pensar. Su vida había dado un vuelco. En vez de convertirse en el nuevo rey de Mohad, había acabado siendo prisionero de los hombres que su padre, y antes que él su abuelo, habían enviado a morir en el desierto. ¿Quién habría pensado que los bandidos pudieran unirse para sobrevivir? ¿Quién hubiera pensado que esa cárcel a cielo abierto se convertiría en el refugio de los rebeldes?

Trató de dormir un poco, pues habían llegado de noche al campamento. El sueño tardó en acudir pues la rabia que le carcomía se intensificaba cuando no había otra cosa en qué pensar. Los odiaba profundamente. Por ser lo que eran. Por hacer lo que hacían. Los aborrecía por reivindicar el asesinato de sus padres. Muertes que, además de arrancarle miles de lágrimas, había dado lugar a la precipitada organización de sus esponsales con el fin de mantener la corona en su familia. Un fracaso estrepitoso, del que su mejor amigo era responsable. Antaño mejor amigo, pues ahora era su peor enemigo.

Se despertó con el trasero planchado, dolores en la espalda y un tortícolis de competición. Apenas había descansado y se había pasado la mayoría del tiempo escuchando los ronquidos de su compañero de zulo. Pero ni siquiera tenía fuerzas para enfadarse. Simplemente, estaba derrotado. Echaba de menos a Rose.

– Jamás habría imaginado que Redal pudiera hacer algo así... –caviló en voz alta, sin darse cuenta.

– ¿Crees que... –Boris tragó saliva– la ha... matado?

Se sentía débil y cansado. Frágil y desdichado. Al borde de sucumbir a la espiral de la locura que le llevaba de la mano al pozo de una honda depresión. ¿Para qué resistirse? Ya todo daba igual. Y lo que menos le preocupaban eran las dichosas preguntas de Boris. Así que no respondió. Después de un largo rato en la negra penumbra, con las espaldas apoyadas contra

las tablas y los pies descalzos sobre el suelo de arenisca donde hurgaban viscosos gusanos y pequeños insectos de sonidos extraños, Boris se decidió a hablar nuevamente.

– Creo... Creo que, al fin y al cabo, esta gente podría ayudarnos.

– ¿Cómo dices? –Akun lo miró atónito, sin ver nada más que oscuridad, pero imaginando que tenía sus claros ojos marrones en frente–. ¿Ayudarnos? ¿Los escarabajos? ¡Su razón de ser es luchar contra mi familia! ¡Verme muerto es su mayor ambición!

– Era –corrigió Boris–, su mayor ambición. Puede que... Bueno... Akun Val'Dore ya no es el rey. Ellos no saben que se haya prisionero en un oasis del desierto. Seguirán luchando contra la monarquía. Seguirán saqueando los envíos de las ciudades y urdiendo atentados contra la corona. Su enemigo es el reino, no tu familia.

A Akun se le encendió una diminuta vela de esperanza. Puede que Boris tuviera razón y que los escarabajos siguieran luchando contra el reino de Mohad, escondiéndose en el desierto y sembrando el desconcierto en las ciudades de vez en cuando. Pero, al fin y al cabo, tan solo eran un puñado de bandidos dedicados a sobrevivir en el desierto con los víveres que interceptaban de las carretas que atravesaban unas rutas comerciales que cada día menos atrevidos tomaban. En cuanto se convirtieran en un problema, Redal no dudaría en aplastarlos con el ejército.

– No son más que un atajo de ladrones con aires de grandeza –escupió.

– Hace tan solo unas semanas asesinaron a la pareja más poderosa de todo Mohad. ¿Por qué no volverían a hacerlo?

La insinuación de Boris le sonó bien. Muy bien. Sus palabras despertaron un extraño fuego en su interior. Un ardiente sentimiento. Venganza. Redal pagaría por lo que había hecho. Le había traicionado. Su mejor amigo. Había raptado a su esposa el día de la boda y se había hecho con el poder en su lugar. ¿Acaso existía mayor traición?

– Puede... Puede que...

Justo en ese momento se abrió la puerta, dando entrada a una avalancha de luz blanca que obligó a ambos a oponer un brazo ante sus ojos y cerrarlos. Era de día. Al abrirlos de nuevo pudieron ver cómo una esbelta silueta entraba a gachas en la angosta y terrosa habitación.

– Espero que hayáis disfrutado de nuestra hospitalidad –era una voz de mujer, firme y autoritaria a pesar del tono afable.

– Desde luego –masculló Akun con ironía.

Al acercarse, vio que tenía unas facciones delicadas y salvajes a la vez. Sus ojos azules los repasaron de arriba abajo con una mezcla de curiosidad y sospecha. De tez oscura como el cacao, contrastaba con los intensos haces de luz que entraban a sus espaldas, cosa que le daba un aura de grandeza. Entró una ráfaga de aire cálido que zarandeó dócilmente algunas de las rastas más largas que tenía como melena, más negras aún que su piel.

La mujer arrugó su respingona nariz y frunció el ceño, revelando lo que Akun ya había notado por sí solo: apestaban.

– Apestáis –confirmó–. Seguidme, os bañaréis con los camellos.